

خلفه كيقنله
كيسرمنله كيسما

Wafi Salih





EDITORES

El dios de las dunas

Wafi Salih

Wafi Salih
Sultana del Lago Editores

Maracaibo, 2024.
SEGUNDA EDICIÓN

HECHO EL DEPÓSITO DE LEY

ISBN: 9798328276887

Diseño de la portada:
Luis Perozo Cervantes

Diagramación y maquetación:
Sultana del Lago Editores

www.sultanadellago.com
+584246723597

Salvo lo dispuesto en los artículos 43 y 44 de la Ley sobre el Derecho de Autor, queda prohibida la reproducción o comunicación, total o parcial de este libro, siendo que cualquier individuo u organización que incurriere en la conducta impropia señalada, podrá ser perseguido penalmente conforme a lo establecido por los artículos del 119 al 124 eiusdem, constitutivos éstos del Título VII de la aludida ley y sin perjuicio de las responsabilidades civiles a las que pudiera haber lugar.

¿Quién puede

en el rayo de la niñez distinguir dos cielos? Círculo de lo que fue escribe su ardor a orillas de un latido. Como si el afuera no fuese también lo fijo. Atrás, antes, no paran de temblar, llama de una vela frente a una ventana abierta.

Visito en los retratos la aldea atávica de tus ojos nativos de una inmortal desventura. Procesión de piedras, el pasado en el movimiento habitual de mi hastío pregonar el semblante sin tinte de extraviada esperanza.

Peces, arrecifes y ciclones de la casa pequeña, pero jamás extinta, navegan en el desfiladero de mi garganta. Astro de raíz hundida en la furia quebrada de un naufragio.

Nosotros, nubes calladas que levitan en el vuelo curvo de lo amargo, prodigamos la liturgia de un país desolado. Trágico sigilo en la marea insaciable de la angustia. Allí una frase blanca, ángel en los ecos del linaje, interpuso entre mi vida tantas vidas, como en el vuelo de sus alas la secreta murmuración del aire.

Noche en dos pedazos,

Dios mutilado por la distancia, bajo la lluvia, moja su cuerpo la saliva gris de lo difunto, lo hace otro en lo vasto. Siglos y minutos, desde el minarete regalan su vértigo, la castidad del santo sobre la cal del muro.

Eleva al amado el ardor de su inocencia. Ligera y simple contempla en los relieves del rocío al pájaro no visible, que en el silencio repite: “Los caminos de Dios son infinitos” ¿El pasado me encuentra? “En él había una vez una piedra, un tizón y fue la piedra, piedra. Sobre la alfombra desliza un mundo la eternidad derrotada del insomnio.

¿Cuál óxido hizo carne mi fe? Escarcha la luna un no sé que de cicatriz planetaria, negro grito de los apartados, la sangre, rubí sin matices, dimensiona un retórico esplendor suicida. Inexhausta la noche, cuenta dos menos dos son uno en el sin fondo. Silabea en los ojos un cementerio judío.

He negado mi destino.

Plegaria en vuelo, la arena, rasga las vocales de la fe, arrodilladas en la sangre. Vértice de un infierno blanco, velo de seda, sacude las cimitarras.

Ramo de estrellas en discordia, poblándome el pecho.

No sé **qué** maldición sobre la roca astillada de mi vida, calcina transparencias.

Esto que fui, intacto en las paredes aéreas de los siglos brota más allá de la voz, en la noche que jamás termina. Desmorona entre nosotros, espacios sin piel como el insomnio. Soles líquidos sobre las dunas del Golán

Recoge Israel, sobre las líneas de mi mano, el cuerpo del Líbano en tus muertos.

En los nichos del aire,

rapta lentamente sobre mi incertidumbre, esta noche de café e insomnio, relámpago en su sílaba más alta desata un pájaro, oxida los segundos. Noche de la noche, mellada como un cuchillo en las mejillas, como el eco de una página borrada del porvenir. Oigo sus torturadas formas en el declive de los jazmines.

Lobos, lobos en la piel enloquecidos, buscan, salir hacia atrás, donde la palabra por decir desvanece la visita de los que se han ido, el cielo imposible entre ruinas de agua.

Siglos y minutos como migas caen en el mantel esparcidos, liquido del canto en el alma de Agar. Dialoga el Sahara como un conjuro con mi nombre, cierra las puertas del mediodía. Un río contra otro, la geografía de tus manos, dobla esta noche como un imposible poema de amor. De pie ante el cielo, soy uno en el sin fondo. ¿De qué tierra inclinada en el pecho me duelo?

Entré en la intemporal plenitud

de mis ocho años, a orillas de una tarde de domingo con forma de universo.

Brillo solar guarda el monte, el temerario y festivo horizonte del agua, en el sueño para siempre lejos, tan lejos. Ayer es mañana en los arrecifes de los sentidos. Pueblo de lo no visible. Espacio, Espacios sumergidos, inconfesos, en el fondo, en lo solo.

¡Podré ir! Odaliscas, genios, en la certeza simple del amor me llaman. Me persigo en sus túnicas y velos de límpida duración.

¿Será cierto que existo? ¿Acaso mis raíces son sangre del canto anudado a los cedros? La memoria hace nacer de nuevo y en lo que fuimos prende su permanencia.

Hoy la costumbre de ver es sólo eso,
posar los ojos por los ecos de la luz ceniza.
Doméstica claridad a orillas de un abismo amado,
esta falseada imagen soy, frente a mí misma, esto
que desconozco en el espacio de una oración sin
fe. Me ausenta alguien que me piensa.

Hermana de Aarón, retorna en mí el dátil de la
casa de Lot, rota e inmóvil visión de gloria no
nacida. ¿Quién sabe qué lugar del alma bautiza
la memoria?

La ausencia puebla las horas
con piedras pardas, grises, melancólicas, hasta
dolerme. He nacido continuidad de la sombra
viva, devuelta en cualquier parte. Aspiro el matiz
alucinante de las nubes ambarinas.

Textura de monóxido en la piel de la rosa, sin
cesar agita sus pétalos sobre la compleja, sólida y
cruel arquitectura. Esta ciudad crea brumas: bien
pudiera llevar mi nombre.

Atemporales los muertos,
la brusca ternura de su presencia ida, golpea en el
pecho, similar a un Sultán cuando hinca en el lomo
blanco de su corcel las espuelas.

Exceso de espesura sobrevive de ellos. Quietud
ilimitada, copia el tormento en las ramas de sol.
Ritual silencioso de la amargura.

1973. ¿Ha muerto quién dentro de mí? El desier-
to tenía la tez húmeda de pólvora, comparable
a la grandeza ostentosa de un Califato. Deshace
esta tarde de esfiges traídas en el paisaje litúrgico
del agua, el simple acto de vivir. Allí dibuja la bo-
rra del café, serpientes de triunfo, en el semblante
de ángeles sin reino.

Himnos del país inmolado por las arañas del alba,
espejo ausente del devenir, pudre la luz, y el ver
una rara propiedad de las arterias, proyecta este
otro país sustituido por sus sombras.

Esculpía, esculpía, horas sin movimiento,
bajo la luna en las alforjas llenas de estrellas
espejeantes. ¡El dolor bebe dolor! príncipe que
levanta ruinas del seno de la muerte.

Suelta antes y después de las sombras su oscuro
mediodía en los huesos del día. Calca la noche
solar, flor transparente en la sombra viril de sus
alas. Abraza el signo, bosteza en el grito vacío a
través del vientre llameante de las odaliscas. Ca-
dáver de lo ido y lo porvenir en la cósmica rama
de un líquido minuterero.

Padre. El agua ébano vigilante

desde la luz suicida, más allá de los cuerpos de atmósfera ardiente, lee ¿Cuántas tumbas hay en el pecho del sol? ¿Cuántas cimas se abisman en tu nombre?. Mi hermano, hijo de Abraham, enfermo de Dios, esparce Beirut en el incienso de la aleya, deshoja en el álbum de la sangre el Ramadán, mientras la casa de los jazmines sufre la melancolía de los pájaros ciegos. Allí, gemelas, luz y sombra, desde antes de nacer, modela el lenguaje de la tarde, imagen de Moisés nuevamente nacido por la fe, en el beso del agua.

Sordo, el corazón extinguió su aire.

Viajó la risa con el movimiento veloz de una ardilla, decapitada a merced del olvido. Sobre un mantel de frutas secas, abierto en el azul cobalto, cantó el dolor límpido de un muacín. Línea recta, sensitiva, eso de nosotros que es el día.

Luna rectangular, los montes del Líbano. Cima invisible, excede los márgenes del yo. Centra el mediodía, fiero roja entre dos astros; uno de piedra encendida de alas en desuso, otro un viernes salido de mi frente. Los dos, pasado y futuro, una misma dirección, abedul y Ramadán, traídos en el sabor de herrumbre de un café. Donde el nombre de mi casa era tu nombre: “Jesús índice de las horas” ¿De cuántas sombras está hecha la sombra de tu sombra?

¡Ismael, Ismael! ¿Quién ha roto el aire?

Fátima, Noé y Abraham en una cítara dialogan con el alba. Esa yo que permanece ahí, tiene el peso en la edad de las efigies. Avanza hacia los pies fijos detenidos la alfombra de la tienda de Omar y Alí. Dintel donde recoge el brillo del eco, una página bajo la boca de la luna y bebe en las sombras el rapto de las horas. Dios hombre. Puente. Dolor. Pasos que vuelven en el aire, pasión sin borde. Vive entre lo amargo y lo puro su orfandad entera. Traza en llamas el agua, de la muerte a la muerte.

Una raza gime en mi nacimiento.

Vocales indefensas trazan el infortunio donde mi padre cansado de nacer, amuralla sobre el rostro la monótona humildad de las tardes enfermas.

Nativa de un país mío y desconocido, sostengo la noche en la sangre con piedras en la frase más ida. Allí, el aire levanta para siempre una canción deshecha.

La ortografía oculta de las piedras
respira de mi raíz beduina. Me persigue hasta la
espinas sin fin de naufragados soles. Allí, el Nilo
sediento de mi garganta aprisiona un cántico de
extraña pureza. Mezcla el acento irritado de la
arena y el temblor lunar de aves vencidas, da al aire
un ritmo de antiguo pesar.

Mi casa una tienda en cualquier sitio.
Corazón de astro permanente en su abandono.

En las quebradas sílabas imposibles de mi nombre, dobla las ánforas de una ciudad prolongada de alas inamovibles. Memoria ensimismada de rostro suicida.

Tragedia de seres lastimados

en la sílaba fija en una lágrima, en el victorioso
desamparo.

Beirut sin faz, largo tiempo en la memoria sofo-
ca de soles secretos de llama helénica la proféti-
ca luz de los pájaros desterrados, una y otra vez,
como una maldición.

Letra soy deslizada sobre el follaje
íntimo del blanco. Busco mi sombra esquivada en
el ajeno paisaje de escribir, en la furia de un dolor
generoso, fatigado.

Un instante en la altura

imperceptible del canto. Sabor a pan, aceitunas, poesía roja íntima geografía de la granada. La casa de mi padre, órbita sin dimensión, antes que nunca fue pasado, “Hashem es Dios”, “Alà es Dios”, “Jesús es Dios”, siglo tras siglo, deseo sin cuerpo, en el letárgico zafiro del cielo. La fe, esa maldición.

Pongo las palabras en mi noche,
luz vencida de inmóviles alas. Un mundo se inclina
sobre el viento en ásperos contornos. Punzante
pájaro de piedra en la página indescifrable del vuelo.

Cuánto dolor atraviesa la pétrea luz de tu voz.

Desde el oasis de la sangre habitas en mí como un
verbo alado donde me llamas otra, para devolverme
en un nuevo comienzo, para ser tu ausente perdida,
siempre allí.

Nací hacia mi vida alumbrando derrotas.

Desvarío inclemente de una raza negada a las cumbre de su propia claridad. Fue mi casa. Verdugo amado. Sus vejámenes e indiferencia levantaron pirámides de dolor sin tregua en el pecho. Abluciones del cuerpo, no llegaron al alma.

Una caravana de camellos salvajes semeja la celeridad de las lágrimas. Racimo de oscuridades hincha el vidrio de la honra. Noche con sol. Cuelga de una tormenta, gruesas líneas descansan en la lentísima reiteración de la noche, en cuerpo de mujer.

Regalarnos su pausa, una breve distancia entre el mundo y la nada. Instaló un círculo de rocas de abundancia en la víspera ausente de infancia dormida.

Error, vagina, flor, sobra de Dios. En su apacible oasis, asoma por los velos, su viva muerte.

Cuerpo donde no vive nadie. Suena una puerta, tocada por el viento. Quiere entrar, mueve la arena y la casa del cuerpo y el cuerpo de la casa. No alteran el orden incoherente del amor.

Caracas, me encuentra
una tumba sobre un mapa del Líbano.

Una página, como un mercado persa alisa la mirada, afirma negándome un desordenado amor infatigable.

Este país comienza a caminar, su longitud de signo desnudo ensancha el Sinaí, sepulta en el aliento punzante los retratos, algo sobre el ademán de la tarde.

He gastado como fósforos mis días. Una pequeña estatua entre Beirut y Baalbak.

Quemó el rojo la noche,
arrastra la demencia. Mil fósforos de sangre.
Florece el dolor, yo vivo aquí, herida de cuencas
llenas. Recojo lo cruel de la decapitada paz.

Un aliento de fiebre sacude las crestas del viento.
Hincha las arañas intocables del cielo en el
agua. Sílabas gimientes, la muerte sobre el alazán
del odio.

Hacia ninguna parte la vida
se ha ido, un amor negado por la muerte.

¿Quién sino tú, Akbel, en la bóveda del aire,
avanza en mi centro detenida? Resplandor de lo
otro naufraga en el perfecto pájaro revelado en
la lóbrega superficie de la sombra. Palpo la arena
ausente en la osadía de la luz, en lo más ínfimo
donde soy un solo aliento con la aldea.

Entona un himno inédito el espacio ágil y blando
de tu vientre revelado solo a la muerte. Traza la
imposible desmesura de hembra en celo el ama-
rillo insumiso del paisaje.

Oigo, Akbel, un niño en el espacio cósmico del
cedro. Quiebra en mi cuerpo bajo el pie side-
ral la patria arrodillada en el alma.

La casa es una palabra
que regresa. La delectación en lo mejor de mí, flota,
se extiende con un gesto de amor desconocido.

La oigo, me interroga con arcadas de luz y me
lleva como una hoja en el aire.

Demolidos sin germinar, los vocablos,
la frase no nacida con su peso muerto, junta como
un amante día y noche en la punta de las tardes.

¿Alguien en mi boca, mueve un alfabeto de piedras? Balbucea injurias, precipita ruinas, un poema en el oído de un lunes difunto. Lanza piedras a una sombra, letras de agua entre los jazmines de una ciudad de arena desmoronándose, masacrada, sobre la espada blanca del papel.

Hiel en la respiración, las calles de Sabra y Shatila.

Januká, Januká,
un salmo en ocho velas para el Shabat

Desborda un cántaro de astros. Expira en el ritmo de una savia de fuego un *Amén Salé*.

Parábola de zafiro, encendida siglos atrás en la jauría de la lumbre, con la suerte de un jinete desbocado por las nubes. Calca en la frente, hebrea e indiferente, el desahogo de las piedras del miedo, como un beso pensado despierta otros lugares en la piel, las llamas del Januká, pequeñamente inmensas, abren túneles en nuestras sombras para menos morir.

La ermita de su voz consume las sombras.

La tienda de mi padre pronuncia los designios del desierto sobre la huérfana tarde. Veo lo ausente como si estuviera aún, día futuro proyecta su frío. Fija detrás de lo que miro otro exterior, ilimitado, invisible, generoso en su vacío, desde el centro en las mezquitas. 1973, ¡Gabriel! ¡Gabriel! El cielo de rodillas y el infierno de pie. El aceite sobre el mármol se desliza y huye en el vertido nácar de tu cuerpo, sorprendido por el vientre del aire. Adonis y Dionisos uno en el color y en la línea donde caen de sí mismos sobre la obscena inocencia, manos, cabezas, muslos, epifanía de astros. Dicta el horizonte en granos de relámpago.

Fadua: hacia ti viajo

en el abismo de mi soledad para encontrarme.
Víspera en el aire en los trances del alba.

Desprendo del cadáver la inocencia el aliento de
la tempestad, luz diezmada y ebria de abandonos
define en la visión sideral de la lágrima, una vieja
aflicción dejada atrás o en ti misma en el umbral
oceánico del rostro.

Recupero en el ritmo gutural de la memoria, un
laúd de lluvia asomado en las formas de tu mano
abatida. Desmesura del latir, el exilio desplegado
en el viento ejecuta el destino.

Sidón, pueblo de huesos sin cuerpos,
sepulta la raíz del aire, el vértigo de la desolación.

Hay algo en ti, señalando un lugar ausente. ¿Seré
yo. Doliéndome en tus calles?

Febrero, espejo interminable, me precipita en el ín-
timo desvarío de mi sombra. Condenada a la ima-
gen, me refleja el parpadeo inagotable de un astro.

Lo vivido moja sin parar una hilera de fósforos.

Padre, ensayo “Un lugar bajo el sol”.

La desposesión me reconoce, pez de estaño
sumergido en tu acento de órbita incesante, cuyo
santuario sobre los labios temblorosos del mar
unifican la tarde más allá de su amarga oscuridad.

Ceñida a los rituales de un país sin lugar en los
ojos, a tientas capturo su heredad, presente desde
siempre en la mártir voluntad de los lamentos.

Intemporal, telúrica, ensimismada, hija de Agar,
esclava y princesa hecha de un Zéjel, cónstelo en
la almena borrada de los siglos todos los atajos
de la luz.

Cosecho del día por venir su vacío. Visión sagra-
da, vuelo, oigo tu pecho que contenía mi vida,
enferma de una muerte por nacer.

Quien soy, ya no está.

Aliento de un sol
frenético en el insumiso paisaje.

Ajena, turba los almendros.

Abierto el espacio planetario del
cedro, hinca en un himno de fuego lo mejor de
mí, lo que no está.

La geografía del aire, un precipicio inescrutable.
Canaán sobre un río de nubes.

Quien contempla al Muecín
se eleva en el atardecer de Baalbak.

Caligrafía líquida marca la distancia en la arena dispersa. ¿No es la misma la montaña y su sombra?
¿Fuera y dentro? El efímero mundo está en su voz, serenamente solo.

Una insaciable línea la derrota.

¿Quién en el idioma de la noche habla en el pecho?

La mezquita, como una novia, entrega en el horizonte la ilimitada mañana de su simple y sereno amor.

Derrama largos instantes el continuo cordero del sacrificio.

Raquel, enloquece lo fijo
el sudor fosforescente de tu seno.

Descifra el vuelo de la pólvora el destino,
en los labios de Labán.

Hebrea maldición, tus iniciales en mi cuerpo,
ángel de brazos hincados en el pecho de
una sombra.

La que escribe asoma desde un abismo
su oscuridad. Teme lo vivido como un joven califa
derrotado.

Arroja dentelladas a una sombra y traga las
amables mentiras, envejecidas
de pronto, sobre un mapa
desolado.

¿Dónde quedó la mañana rechazada por el día?

Creé cinco consonantes de
agua. Piedras en el dintel de los
días donde no podré ir.

Madura la tarde un sol de brazos abiertos,
pájaro de un imperio en desuso.

Vengo de la desolación, morada de un ángel
desprendido del nombre. Mi juventud en otra que soy.

Dios envejece cansado de salvación.

Raíces estridentes afilan sus sombras enloquecidas, asoma desde la esfinge de fuego ancestral de mi pie nómada, como la arena el mundo paralelo de lo simple derrama un vaso de hiel un ángel en la sangre.

Allí la noche evasiva de las tumbas bebe humilde su implacable, violenta poesía.

Afandi. Mientras el universo bebe
las formas irreverentes del dolor, en el cuerpo sin
sitio de las palabras, tu Arguili, sumerge en un
himno de patria taciturna el infinito.

Lleva en los espectros serpentinos de la llama
letras dictadas en el agua, por el signo de una luz exacta.

Ciudades y olivos contemplo en imágenes de osa-
da inocencia, lágrima remota donde todo hom-
bre es un niño huérfano.

Prodiga lo imposible

como un imperio en ruinas en mis labios, vigor viril,
continuo, lacerante. Ola insaciable de lo amargo.

Ahora lo sé, borrarse de tierra y forma en el otro
eleva en la insaciable raíz del viento, la rosa efí-
mera del amor.

Alimenta una oración

la boca lastimada de la noche, fruto de una tribu solar sobre la frente, flor de sangre al borde de mí misma, visto el vientre milenario de la tierra donde debió nacer un roble. Fluyo en la espesura dolorosa de la luz, venida de húmeda sombra.

Imita una fosa el aire. Germina el pájaro de soledad Oigo su cántico ignoto de frenética desnudez. Fuerza inalterable de épocas vividas en presente. Ahí la mariposa cautiva entre el “Jaram y el Aib,” tiñe de negro.

El país del ámbar

acumula lágrimas sin rostro, oprime en su raíz
impetuosa la pureza derramada de la alquimia en
ermitas y aljibes sagrados.

Atavío febril de la santidad para “Aquellos que
vuelven en la mirada el polvo en oro.”

Adereza auroras, el agua y el fuego, ala letal,
huérfana de sombras.

Mosaico donde el Único escribe el asombro ci-
frado de sol, aire inerte de muda inmensidad.
Enigma en la marea de mis pasos insomnes, de
astral lejanía.

¡He allí el amor! Erguido como un ciervo, ajeno a
la pasión del día como una dama ciega.

Ángel, en la longitud del cansancio,
el país vertido en los volcanes apagados de la
paciencia, crece en el peso de su luz. Me reconoce,
Fádua, Sojam, hija de mi hijo. Noche solar, genio
en los aljibes. Bautizo otra parte de mí que ya se
ha ido, dos lugares en una misma hora.

Lo que no está naufraga sobre la piel, crispera hasta
los astros la pesadilla. ¿Qué hace lo ya sido entre
nosotros?, mío en otro cuerpo, el canto de la vida,
sacude en el aire sus vocales. Esqueleto del viento
contra el espejo de la arena, secreto incendio del
vuelo donde el cielo no existe.

Hoy en las calles no hay piedras, sino noches tendidas.

¿Es simple la pureza?

Cuerpos sensuales expanden en redondeces el desierto. En el espacio mórbido del eco el verbo, elástico de una mano hecha sierpe en calma, oasis, en picados trazos sin término. ¡Quien dicta la medida del contorno, no conoce el movimiento circular del alma!

Negro mediodía resplandece entre las piedras el Sinaí con los nombres del vacío. Acontece Fátima, la aleya, el era y el vendrá, todo está siendo y jamás ha sido, allí donde surge la soledad de las mil noches del alma, crece el lunes como una lápida.

Se desmoronan en la sangre los lamentos.

Patria, muros detrás de los segundos, mueven las
nubes invictas de la infancia, en otro latido. Per-
sigue, escarabajo delirante, sonámbulo precipicio,
en mi nombre, la blancura del mandil.

Cruzo en un pausado himno de palmeras,
la metáfora añil del más allá donde se lee en el grito
de las panteras melancólicas, como un epitafio, el
reino derrotado del amanecer.

23 de febrero de 1973.

Comienza el incendio del aire, pájaro de la forma desnuda el espacio habitado por el fuego. Sostiene en un precipicio inescrutable un sol henchido, volumen infinito sobre una llanura de nubes degolladas, donde disputan los perros los restos de la noche, como una carta escrita para nadie.

Un perdón largo

persigue a los hijos de Abraham. ¿La ira engendra poesía? Sus mandíbulas son aire, paisaje anciano, fábula de luz, durar del relámpago oblicuo del Dios en las Dunas.

Explota, explota interminable, el rojo insomne como un gastado cielo, reinos seducidos de venturosa locura. Allí una Odalisca: ángel, ni obsceno ni sutil, sólo ángel, eleva entre dos angustias la matriz húmeda de un incendio.

Anochece.

Los sueños del ermitaño andan lejos. Montes oblicuos del Líbano en un poema encienden fósforos para el Shabat.

Respira en un laúd invisible un “Yon Yipur” sobre el Sinaí de inútil paciencia. La venganza mella la espina dorsal de un “Ver liver” Revive, se sacude, en el aire de los huesos, bajo la lengua, hinca su pesadilla. Sed vertebrada de las palabras áridas, cuántas veces por el signo vacío de la estrella bebida de sur.

Tus hijos, nietos de mi padre, nacen de mí. Alá o Yavè desde su raíz envenenan el Nilo.

Agita estrellas de sangre
el Talmut. Desboca en las cuencas un millón de
fósforos en espiral. Flecha circular el sol, delira
sobre la noche de oro de la piel semita. Arrogan-
cia de panteras, expande la invertebrada pureza.
El residuo de algo, quema un grito de piedra.

El niño que fui no ha cesado,
me enseñó el hálito fijo, la duración en el aire.
Súbito brote de lo puro entre la mirada y la forma,
el puente del vuelo encontró su origen. Medita el
asceta. Enmudece para oír desde el minarete a los
pájaros en su cóncava extensión de infinito. Solo
comienzo en lo infinitamente interminable. Nada
tiene lugar, mientras enfrió una taza de café sobre
la mesa y leo tu infancia en el paso crepitante de las
hormigas, paraíso fantasmal de luz espinada como
una blasfemia.

1973 reconozco su cuerpo de pasta sin cohesión
donde expira el error sus cicatrices, gloria de la con-
tinuidad de las horas, obstinación de un escándalo.

Hay una música doblada
en los pliegues menos nítidos de la memoria,
levita en espacios sellados de fuegos ancestrales.
Ramas oscuras de una noche descienden su altura,
la espiral quebrada de otro paisaje, donde la
existencia de la belleza negada para el regreso se
borra definitivamente.

Comienza el infinito

en el nombre del padre. Su himno de luz desdobra
en la patria de nubes, las arenas errantes de la
subterránea dimensión de la página.

Nada pertenece a un lugar
sino a su sombra. Durable al final de nosotros, desde
lo alto hasta la estrecha celda del nombre tensa el
aire, de una derrota impar. Curva en las horas sin
fondo, caminos jadeantes vueltos hacia sí.

El mar, gemelo en su anchura a la nostalgia viva
de un desterrado, imprime sensaciones nutridas
de sempiterna hiel, en la luna mustia de peso res-
pirado a través de la soledad épica y puntual de
su abandono.

En lo hondo la belleza tácita del mal, junta el co-
razón de un niño al idioma inmune de la luz ga-
nada por el gesto ciego de su aldea en las venas,
sacia su cuerpo hasta el último horizonte.

Nómadas, pálidas, solemnes,
gritan su mudez. Pesadilla en los nervios, el día des-
borda hacia dentro la primitiva agonía de la bestia
urgente en la terca composición donde todo, en
una ira antigua, envuelve, rebosa, arrastra.

Alá y abismo. Una y otra vez emerge ¿Quién ali-
menta la mirada y hace del sí y el no un mismo
pensamiento? Fija puentes lo que no está, luz
reptante en la sangre, los ecos del “Jhiad,” su
amarga cercanía.

Abierto el no lugar, todo está allí. Junto a tu mano,
sobre el Nilo, pecado y perdón, aproximas en dos
mundos, delgados residuos de aliento.

Giro del fondo. Remoto, casi obsceno, de ritmo sin
error, como quien desde su propio aire se respira.

Grito prolongado la noche,
cónstela en piedra los largos paisajes de los rostros
ocres.

Mortal pesadumbre, espejo nebuloso de la amargura, refracta al límite cedros mancillados en el ébano de los ojos fenicios. Rasgadura continua en el rapto de la luz venida del verdugo sediento de la demencia.

De un origen nace la cólera, se bifurca en océanos abatidos, se astilla.

Dos urnas arrastra la noche

hacia la luz depuesta. No nace poesía del laberinto
pétreo del llanto ni el aire de los muertos, nutre la
saliva de la atmósfera en la sangre.

Lascivo en el olor de la pólvora, algo puro nos
excede, sujeto a lo errante, matiza de jeroglíficos
invisibles el amanecer.

En el sitio de los nervios un Ramadán ayuna de
vida, mientras mi padre cónstela en mis huesos el
muro de nuestra gemela nostalgia.

Regreso a ti

en el círculo estremecido del árbol melancólico de tu acento. Abona una salubre oración en su raíz de astro, sucumbe al ajeno corazón de Dios.

La noche descuelga tumbas de voces nómadas, épocas aún vivas, se extienden mas allá de los huesos del día, en un país de soles devastados, sin más pájaros que tus ojos remotos. Allí, apoya la casa primigenia, sumisa y presente, sin límites hacia mí.

Miro, escucho, sólo a oscuras como el alma mística de las piedras, nacidas lentamente en las tinieblas hondas de gastada intemperie.

¿Qué día niega la noche, sin negarse?
Contagia el antiguo episodio del sosiego, con
sonámbula fuerza.

Medina aire. Iman herido de altura. Camino sin
huellas, al Uno.

Luz en derrota la noche,
vacía de mal su humana permanencia.

Anuda a la frente del verdugo, al norte y al sur en
oleadas de abismos, un canto traslúcido de hon-
dos designios.

El aire abnegado de las mezquitas en el alma, con
el suplicio heredado por los hijos, en las cuencas
rasgadas de plegarias.

Suspende una cimitarra, al revés del Corán, donde
la candidez solar de un Sufi, balancea una lección
de fe: “Los dientes del peine de un tejedor, son to-
dos iguales, los hombres blancos y negros, árabes
y no árabes”...modula sobre la raya descendida
del cielo el peso deplorado de una misma muerte.

El beso insaciable de la muerte.

Migraciones grabadas en los muros de la noche, donde el amado posible libera los abismos de sorda luz, y el natalicio infinito de su rostro más hondo atribula los días de un agrio resplandor, en perfecta y espacial abundancia.

Como un alazán desbocado, la lluvia rota en el lago contra sí misma, voluptuosa y urgente convoca a través del pensamiento el signo atroz de un amor vivido.

Beirut ajena a la locura representa en su dolorosa mansedumbre el aletear monótono de un pájaro mítico.

Una jauría secreta

bajo el cielo engañoso de la fe. Huella legendaria del ser, esparce su procesión, en el ataúd insinuado de la luna.

La honra en su delirante rostro, adopta en la verdad una soberbia pureza, suicida y desmemoriada.

Resuena en la estatua vaciada en bronce el eco del padre, sobre muros de sombra erguida. Eternidad rebosada de sí, como el amante fiel casado con la muerte.

¡De pie hijo de Ubai,
padre de Heber, nadie mide el espacio en la mirada,
el río de pájaros en el aire, “su grito celestial” de
sol y luna.

¿Surge de adentro el abismo o se alcanza en él al
ser? Fecundo el vuelo litúrgico de su oscuridad. En-
dereza hacia nosotros la espina ardiente de lo otro.
“Sale una camella con su hijo del seno de una roca

Ruinas lastimadas en el alma de ciega y nítida rea-
lidad. Salih, el Virtuoso profeta, embebido de
inmensidad. No fue su aliento divino, seductor
de la porfía erudita del infiel.

El verbo de Alá en venganza por toda la eterni-
dad, los borró.

Esta noche abre sus ventanas de navaja.

Pirámides rasgan, en el vuelo quemante,
dos estrellas atadas a un silencio de pez.

Cuchillo húmedo, el dolor pesa como una puerta
cerrada.

Balbuceo, abrevio, tan contenido el llanto como un
fruto maduro, tu país encendido de espinas.

Drusa por toda la tierra, cargo el peso de otra que soy,
perdida para siempre en el estanque de lágrimas
hacia mí en el espejo. Infierno celeste, proyecto
un abismo de ángeles.

Amo al pájaro de raíces,
descifrado en la cruz. Silencio lleno en la senda de
piedras en el aire infame.

La flor soñada del destino, somete la memoria a
los preludios del infierno.

Disemina el centro sin rostro, sepulta en las alas
circulares del amanecer los dioses primeros, to-
davía sin nombre.

Buitre fluvial el insomnio con
famélica fuerza, esta noche traída en los planetas
constelados en pequeños detalles, forma el vacío
en el reino del único.

¿Cultivo de soledad? Un sueño siembra en otra
parte la vida. Fatiga el viento unas almendras,
mientras cópula un látigo de luz. Canta el ciego
salivar de los humillados: “Ningún pueblo puede
adelantar ni negar su destino”.

María, se mira en el alba

donde la rama se contempla en ella. Anega de estar el indomable frescor. Piedras, piedrillas juntas sostiene un trino rodeado de hojas ¿o son las hojas un trino rodeado de piedras? ¿Cómo saberlo? No hablan los jazmines, pero el cielo en ellos dice tanto. Plena la luz en el talle del rocío conjuga en los rostros mariposas de la duración. ¡Dónde? ¿Cómo? Contagia el deseo, desdobra el día hacia la enorme y giratoria raíz en imágenes de niñas. Espacios del espacio, la ventana abierta hacia la nada fatiga el verbo del aire, abisma de luz el filo secreto de las palabras, peso hondo, arrincona plegarias melladas hasta el nombre y al pie de nuestras lágrimas, adhiere su reino.

Una fragancia hiere el aire.

Respiro el tamaño milenario de su angustia en la cantinela muda de las horas caídas.

Fiesta de sabor yodado, donde se esparce un velo de azafrán oscurecido. Camino de nubes colmadas de hiel. Ahí donde ya nada ejecuta el generoso olvido.

Miro lo mirado en mí,
el latir del rayo, su reverso. El orden roto de la
belleza despliega su pesadilla en la verdad de Sión,
fragmenta letras frías de luz en su grito, como
un sueño remoto que el cielo desprende sin raíz.

¿Dónde nace la muerte? Dialoga la lluvia, buscán-
dose lo hondo. Pesadumbre sagrada, enferma, en
la sombra de las sombras, envejece las horas.

Contorno de lo no posible. La nada chasquea.
Dios es esto de mí, en el color sellado del metal,
en la cáscara de nuez en la mano del viento.

Regreso a mí en tus palabras, unjo de días las
noches, y el paisaje insumiso precipita la tristeza
inmensa y mítica, en el rito inagotable de la ciudad
de las ruinas en la sangre. Sostiene más allá de
la espiral implacable de lo visible, en la raíz de
la memoria, sus mandíbulas de pétalos feroces.
Secreta complejidad en la geografía de la noche,
desvelada en la conciencia como un centinela.

Contenido

Quién puede	5
Noche en dos pedazos	6
He negado mi destino	7
En los nichos del aire	8
Entré en la intemporal plenitud	9
Hoy la costumbre de ver es sólo eso	10
La ausencia puebla las horas	11
Atemporales los muertos	12
Esculpía, esculpía, horas sin movimiento	13
Padre. El agua ébano vigilante	14
Sordo, el corazón extinguió su aire	15
¡Ismael, Ismael! ¿Quién ha roto el aire?	16
Una raza gime en mi nacimiento	17
La ortografía oculta de las piedras	18
Mi casa una tienda en cualquier sitio	19
Tragedia de seres lastimados	20
Letra soy deslizada sobre el follaje	21
Un instante en la altura	22
Pongo las palabras en mi noche	23
Cuánto dolor atraviesa la pétrea luz	24
Nací hacia mi vida alumbrando derrotas	25
Caracas, me encuentra	26
Quemó el rojo la noche	27
Hacia ninguna parte la vida	28
La casa es una palabra	29
Demolidos sin germinar, los vocablos	30

Januká, Januká	31
La ermita de su voz consume las sombras	32
Fadua: hacia ti viajo	33
Sidón, pueblo de huesos sin cuerpos	34
Padre, ensayo “Un lugar bajo el sol”	35
Quien soy, ya no está.	36
Quien contempla al Muecín	37
Raquel, enloquece lo fijo	38
La que escribe asoma desde un abismo	39
Afandi. Mientras el universo bebe	41
Prodiga lo imposible	42
Alimenta una oración	43
El país del ámbar	44
Ángel, en la longitud del cansancio	45
¿Es simple la pureza?	46
Se desmoronan en la sangre los lamentos.	47
Cruzo en un pausado himno de palmeras	48
23 de febrero de 1973	49
Un perdón largo	50
Anochece	51
El niño que fui no ha cesado	53
Hay una música doblada	54
Comienza el infinito	55
Nada pertenece a un lugar	56
Grito prolongado la noche	58
Dos urnas arrastra la noche	59
Regreso a ti	60
¿Qué día niega la noche, sin negarse?	61

Luz en derrota la noche	62
De pie hijo de Ubai	65
Esta noche abre sus ventanas de navaja	66
Amo al pájaro de raíces	67
Buitre fluvial el insomnio	68
María, se mira en el alba	69
Una fragancia hierde el aire	70
Miro lo mirado en mí	71
Regreso a mí en tus palabras	72

Este libro fue diseñado y exportado para su publicación en AMAZON por SULTANA DEL LAGO EDITORES, en los talleres gráficos del poeta Luis Perozo Cervantes, en Maracaibo, estado federal del Zulia, en el continente americano, del planeta tierra; a los 11 días del mes de junio de 2024, el mismo día de 1940 en que se naciera el periodista, político, escritor (ensayista, biógrafo, novelista, historiógrafo) y productor de televisión, Vinicio Romero Martínez.